

Updating News

Información y democracia

Raúl Magallón Rosa

Ediciones Pirámide

Madrid, 2023

171 pp.

ISBN: 978-84-368-4820-5



La democracia es un sistema político que se basa en la confianza de los ciudadanos hacia las instituciones. En la medida en que estas sirven a los fines para los que fueron creadas, esta confianza se renueva con el propio ejercicio de la política y el Estado se robustece. Sin embargo, la confianza es un atributo frágil, y es más fácil perderla que conquistarla. Así, el ciudadano cree en la justicia cuando esta institución imparte realmente justicia, como cree en el dinero mientras le permita adquirir bienes y servicios. Lo mismo cabe decir de todas las instituciones públicas, desde las fuerzas de seguridad del Estado hasta la prensa: en democracia, su existencia se basa en la confianza que inspiran en la ciudadanía.

La obra *Updating news. Información y democracia*, escrita por Raúl Magallón, profesor de Periodismo de la Universidad Carlos III de Madrid, propone una reflexión acerca de los mecanismos políticos que desde comienzo del siglo XXI han producido una merma de la confianza de la ciudadanía en la democracia y sus instituciones. Parte Magallón de la premisa de que “muchos de nosotros crecimos en sociedades donde la confianza (en las instituciones, en los medios de comunicación, en la autoridad de nuestros mayores) se basaba en estructuras simbólicas y sociales más o menos consolidadas” (p. 13). Sin embargo, en lo que llevamos de siglo XXI, “este tipo de cimientos empezaron a ser puestos en cuestión, más por la distorsión de

las mismas instituciones que por la utilidad demostrada por su propia existencia” (p. 13).

El título del libro, que incluye el anglicismo -innecesario en nuestra opinión- *updating news* (“actualización de noticias”) nos pone en la pista del rol que el autor atribuye a la información y al periodismo como entidades centrales de la democracia, sistema político constituido sobre el presupuesto de la existencia de una ciudadanía libre e informada. Sin embargo, el cambio de paradigma comunicativo tras la llegada de Internet ha producido un nuevo escenario en el que agentes del mundo analógico, como el periodismo, siguen teniendo un rol protagonista, pero ahora en convivencia con nuevos fenómenos como los desórdenes informativos, cuyo influjo en la esfera pública se ha revelado determinante. De hecho, Magallón introduce el factor generacional como uno de los elementos clave del nuevo clima de desconfianza (como en seguida veremos).

La obra se divide en diez capítulos bastante sintéticos pues apenas se extienden 150 páginas. Los dos primeros son la pista de despegue que el autor utiliza para poder elevarse sobre los hechos y los datos, y desde ahí construir una suerte de ensayo sobre la desconfianza que caracteriza nuestra época.

Los primeros signos de pérdida de calidad democrática empezaron a dar la cara en torno a 2006, cuando los informes de *Freedom House* alertaban de la pérdida de libertad causada por acontecimientos como el asesinato de la periodista rusa Anna Politkovskaia, crítica con el Kremlin, o las manifestaciones contra la publicación de las caricaturas de Mahoma. Estos acontecimientos, y otros similares como la crisis financiera de 2008, marcarían la siguiente década hasta la eclosión popular de movimientos como el 15-M, *Occupy Wall Street* o la Primavera Árabe.

Lo interesante de estos hechos de alcance internacional es que se desarrollaron sobre el trasfondo de un relato cultural, pero también tecnológico. Es decir, Internet y las redes sociales, masivamente utilizadas por la juventud, adquirieron un rol determinante en la explicación sobre de la dimensión de tales acontecimientos, al haber producido, por un lado, una movilización popular sin precedentes en países autoritarios, cuando no tiránicos y dictatoriales; y, por otro, una pantalla infinita a través de la cual el resto del mundo pudo seguir simultáneamente y sin censura las retransmisiones de las protestas en Túnez, Argelia, Libia, Egipto.

Magallón nos sitúa en la pista de cómo la brecha tecnológica en estos países fue una brecha generacional, pero con una acusada impronta cultural, pues las movilizaciones fueron en gran medida auspiciadas por mujeres, “que tuvieron un papel muy importante en la difusión de las convocatorias, escribiendo artículos, y organizando las protestas a través de Internet” (p. 25).

La culminación de este proceso de transformación de la democracia llegaría con los acontecimientos políticos de 2016: la victoria del Brexit, el triunfo electoral de Donald Trump y el rechazo del referéndum sobre los acuerdos de paz en Colombia. “Los movimientos nacional-populistas empezaron a emerger con fuerza en el discurso público global por sus éxitos e influencia electoral. [...] Con matices, quedaba inaugurada una

nueva época de liderazgos más autoritarios y más influyentes a escala global” (p. 27).

Uno de los capítulos más sugerentes del libro es el tercero, titulado “El cambio de paradigma. La generación sin relato” (p. 45-60). Una primera duda que asalta al autor, y me atrevería a decir que compartida por todos, es si las redes sociales, “que nos trajeron una libertad más emocional [...], nos han hecho más racionales” (p. 46). Se apoya aquí Magallón en la conocida tesis de Byun-Chul Han de la autoexplotación y la sensación de (falsa) libertad que produce en el hombre contemporáneo. Además, las nuevas generaciones (los llamados por Prensky “nativos digitales”), a diferencia de las precedentes, tendrán que convivir con el registro audiovisual de su pasado, en el sentido de que la prueba evidente de su propia biografía cotidiana siempre los acompañará, algo de lo que carecemos los inmigrantes digitales nacidos antes del cambio de siglo. ¿Por qué es importante? Porque su relato generacional (todas las generaciones tenemos el nuestro construido) confrontará dos formas de recordar y de olvidar.

De esta manera, Magallón asegura que actualmente conviven dos relatos generacionales enfrentados: el de la generación del ascensor social, la igualdad de oportunidades, el tecno optimismo y la globalización, frente al relato de la generación de la crisis de 2008, la pandemia y la guerra de Ucrania. Pues bien, si hay algún punto en el que ambos relatos convergen, ese punto viene determinado, según Magallón, por la infodemia y por el cambio climático. Muy interesantes son las páginas que el autor dedica a recorrer el impacto de la pandemia y la guerra de Ucrania en los hábitos informativos de los ciudadanos, así como la exploración de las creencias y su reflejo en la percepción sobre el cambio climático.

Al tratar del impacto de la tecnología en la calidad de la democracia (capítulo 4), el autor señala con acierto que la tecnología se ha vuelto invisible. Reparemos en que en el momento

en que cualquier técnica deja de ser evidente y se naturaliza, la libertad personal puede verse amenazada. Las nuevas tecnologías, que no siempre responden a la idea con que fueron diseñadas, “no solo aceleran procesos, sino que también modifican el contrato social entre lo público, lo privado y lo íntimo” (p. 62). Es decir, está por ver que la mejor adaptación a los cambios culturales que permite la tecnología se traduzca en una mejora democrática.

En este capítulo sobre la tecnología, Magallón no elude el debate sobre la Inteligencia Artificial y su impacto en la calidad de la democracia. En opinión del autor, la interdependencia de ambas realidades pasa por tener en cuenta estas 7 variables: el diseño ético de la IA; la regulación de los límites de la expansión tecnológica; la definición de los riesgos y amenazas; la localización de sesgos y el modo de corregirlos; la estrategia de alfabetización algorítmica; el diseño democrático de esta tecnología; y la reconfiguración de la privacidad de los datos almacenados.

La segunda parte del libro propone al lector algunas claves para comprender la función social de la información en nuestra democracia. Como señaló Emily Bell en 2016, el hecho indiscutible es que el periodismo ha perdido el control sobre la distribución de las noticias, hasta el punto de que, en 2022, el 75% de los encuestados del Digital News Report afirmaba informarse por el móvil. Por lo tanto, en un mundo digital tremendamente sometido al influjo de las redes sociales, Magallón se pregunta: “¿Estar más informado significa hoy estar mejor informado?”. Fenómenos como la fatiga informativa, la sobreinformación, la economía de la atención y la desinformación son planteados como resultados del proceso de transformación al que se ha visto sometida la información en las últimas décadas.

Mención especial merece el impacto de la digitalización en el periodismo tradicional, cuestión abordada por el autor en el sexto capítulo del libro. La idea de partida es que el proceso de precarización de la industria periodística provocó el cierre de

muchos medios locales que abocaron al público al consumo de medios generales que provocaban desconfianza en la audiencia por su cercanía al poder. La deriva del periodismo en busca de fuentes de financiación que hicieran sostenibles sus negocios provocó el nacimiento de medios digitales dirigidos a comunidades más ideologizadas, fenómeno que explica la terrible polarización social que atraviesan nuestras democracias. En cierto modo, como explica Magallón citando a David Walmsley, director del periódico canadiense *The Globe and Mail*, “si dejas que los algoritmos y los datos basados en audiencias controlen tu criterio, entonces ya no te dedicas al periodismo” (p. 102).

El pesimismo parece dominar las últimas páginas de este interesante libro, pero lejos de adoptar una actitud derrotista, el autor encuentra precisamente en el periodismo la respuesta a los desafíos sociales de nuestro tiempo. Frente a la polarización, Magallón propone más periodismo, basándose en estrategias como el cambio en nuestra dieta informativa; la participación y construcción de comunidades más abiertas; la orientación del relato hacia posibles soluciones y respuestas; una mayor transparencia en las fuentes y metodologías utilizadas; y cambiar los ciclos informativos para que la relevancia se sobreponga a la actualidad.

En definitiva, nos encontramos ante una obra que provocará en el lector una reflexión sobre el sistema político que nos hemos dado, y el rol que desempeñan la información y el periodismo en su preservación. Pero el periodismo debe aprender la lección de las últimas décadas y corregir el desvío de su función social, que no es otra que ofrecer un relato articulado y coherente del mundo. Aunque suene repetitivo, concluye Magallón, “la defensa de las democracias y la conquista de otras nuevas empezará siempre por el periodismo” (p. 157).

Ignacio Blanco Alfonso
Universidad CEU San Pablo